

CELCIT. Dramática Latinoamericana 466

# ANA EL ONCE DE MARZO

Paloma Pedrero (España)

## Ana, madre, el once de marzo

Estamos en Madrid. Y es jueves, once de marzo de dos mil cuatro.

Enfermería de Residencia de Ancianos. Ana, una anciana con principio de demencia senil, está sentada haciendo murmuraciones. Habla para una silla de cuyo respaldo cuelga una chaqueta de hombre.

ANA.- Te tengo dicho que vengas los martes a verme. Los martes me dan pastas buenas, de esas de chocolate, para merendar. Esas que a ti te gustan tanto. Y yo quiero que te las comas tú. Pero que te las comas el martes. Luego, hijo, se van secando. Y aunque te las guardo en la mesilla de noche, con el tiempo se quedan hechas un asco, un asco. (De súbito triste) A veces el chocolate viejo parece sangre. Sangre inocente. (Hace un gesto como si se quitara un pájaro de la cabeza) Mira, esto es lo malo de parir ya vieja. Si te hubiera tenido con veinte años ahora podría estar cuidándote la hija. Pero, claro, Angelito, que yo te tuve con treinta y nueve, que se dice pronto. Porque treinta y nueve de mi época son como cuarenta y nueve de ésta. Vamos, que fue como un milagro. Un milagrazo de Dios. Por eso te puse Ángel.

## Ana, amante, el once de marzo

En una sala de estar, una mujer, con un teléfono apretado entre sus manos, escucha y mira estremecida las desoladoras imágenes que transmite en directo la televisión. La mano le tiembla cuando decide volver a marcar un número. Un gesto de decepción se apodera de su rostro inquieto y delicado. Habla con el contestador.

ANA.- ¡Maldito contestador! (vuelve a marcar y otra vez sale el contestador) Perdona, no he podido aguantar y te he llamado al trabajo. Ya sé que no te

gusta pero... Compréndelo, estoy muy preocupada. Ángel, me han dicho que no habías llegado y son ya las diez...Tengo miedo. Ángel, ¿Por qué no me llamas? ¿Qué pasa? Estoy... estoy viendo las imágenes del atentado por televisión y es horrible. Ya sé que tú sales antes de casa, que esa no es tu hora de coger el tren pero... ¿Hola?... ¡Maldito contestador!

El teléfono se corta. La mujer hace un gesto de fastidio. Sube el volumen de la televisión. Oímos sirenas de ambulancias y policías que atraviesan a ritmo frenético la ciudad. La mujer deambula aturdida por la habitación sin dejar de mirar la pantalla. Los diferentes sonidos de diferentes teléfonos suenan en los bolsos y en las chaquetas de los heridos, de los muertos que yacen en los andenes de las estaciones atacadas.

### **Ana, esposa, el once de marzo**

En una pequeña sala de hospital. Al frente dos puertas con sendos números. Puerta número 1. Puerta número 2.

Ana, una mujer delgada y joven, espera trémula a que la llamen. A los pies tiene una bolsa grande de plástico verde medio llena. De vez en cuando, de dentro de la bolsa, suena un teléfono móvil. Ana, se sobresalta, intenta abrir la bolsa para cogerlo, pero se arrepiente y lo deja sonar. Coge su propio teléfono móvil y marca un número.

ANA.- Mamá, soy yo. (...) No, no sé todavía nada pero ya me han hecho pasar a la salita, ahora me van a llamar. (...) Ya te he dicho que no sé nada, sólo me han dicho que está aquí. Está aquí, mamá, le están... atendiendo. (...) Me han dado su ropa y sus cosas en una bolsa. No, no te preocupes por eso, a todos nos dan la bolsa con la ropa para que no se pierda nada. (...) ¿Cómo está la niña? (...) Por favor, no le digas nada. Ponle los dibujos animados, que la niña vea los dibujos animados. (...) ¿Yo? No, déjalo, prefiero estar sola. Mamá, te tengo que colgar, van a llamarme enseguida. Aquí sólo pasan a los que van a informar inmediatamente. Te llamaré en cuanto me digan algo. Te llamaré.  
(Cuelga)

Suena el teléfono móvil de dentro de la bolsa de plástico. Ana, en un impulso, va a tomarlo, luego se arrepiente. Parece no ser capaz de meter la mano en el saco.

### **Ana, amante**

La mujer se lleva las manos al rostro perturbada. Baja el volumen. Después marca otro número en el teléfono. Espera. Cuelga. Vuelve a marca. Así seis o siete veces. Por fin alguien responde.

Oiga, soy la mujer... de un hombre que podía ir en ese tren. Lo coge todas las mañanas, ¿sabe? No exactamente a esa hora, pero... le estoy llamando y no contesta. Imagínese. (...) No, no sé a qué hora salió... Esta mañana yo no estaba con él, yo... no estaba en casa... (...) ¿Los hospitales? No, no puedo moverme de aquí, (...) No ha llegado al trabajo todavía. Pero él a veces hace gestiones antes de ir a su despacho. Lo que me angustia es que no me llame, que no coja el teléfono. (...) ¿Cómo me voy a tranquilizar? (...) No, es mejor que me esté quieta. ¿Y si él se está viniendo para acá y yo me voy? (...). Pero, oiga, si yo le doy el nombre, ¿usted no podría averiguar algo? (...) ¿Pronto? ¿Pronto para qué? (...) Ustedes son policías, ustedes tienen que ayudarme... (...) ¿Herido? ¿Cree usted que puede estar herido? (...) Usted no dice nada, usted no sabe nada, usted no puede hacer nada. Entonces, ¿para qué está usted? (...) Perdone, no se preocupe, le voy a volver a llamar, seguramente ni se ha enterado de lo de las bombas, él, a veces, hace gestiones antes de ir al despacho y... Sí, puede que ni escuche el teléfono. No se preocupe. Gracias. (para sí) Seguramente ni se ha enterado de lo que ha pasado en Atocha.

### Ana, madre

Cuando me enteré de que estaba en estado, me dije, éste es un ángel que me envía Dios por vía uterina, como a la virgen, con perdón. Si es que tu padre y yo ya ni hacíamos... uso de matrimonio. (Se ríe) Qué expresión más fea. En serio, si casi nada de nada. Si tu padre tenía siempre una que le mantenía servido. Una tonta de esas que se conforma con un hombre a ratos. Bueno, que te advierto que es casi mejor. Vienen, te dicen un par de bobadas románticas, te dan un regalito, te llevan a la cama, cogen su ropa, se visten y para su casa. Estupendo, oye, ni lavarles, ni plancharles, ni aguantarles los ronquidos y los malos modos. Tu padre siempre fue hombre de amante. No, no valía para la fidelidad. No estaba hecho. El pobre, cuando no tenía querida se le notaba. Caminaba encorvado, se ponía grueso y perdía el buen humor. Era como si le faltase una parte. Por eso yo prefería que no le dejasen, que le aguantasen el rollo, que la que fuese le tuviera bien exprimido. Es que yo, Angelito, a tu padre no le hacía sentirse muy hombre. No por nada, hijo, es que a mí no me iban las tonterías esas de hacérmelo de geisha. Y de besarle los pies y de decirle que era el más tierno, y el más animal y el más macho de todos los machos de la tierra. No hijo, yo siempre he sido más bien seca. O mejor dicho, sincera. A mí ya me parecía bastante darle lo que le daba. Y que no, que a mí ni me parecía lo mejor del mundo, ni me inspiraba esas

cantinelas amorosas que a él le gustaba oír. A él, hijo, le gustaba sentir cómo la mujer se desmayaba debajo de su miembro. (Se ríe) Sería gilipollas. Sí, es que, Angelito, los hombres sois gilipollas. Y no pido perdón, lo digo como lo siento. Y, además, a quién voy a pedir perdón si estoy aquí más sola que la una. Aprovecho y lo repito: Gilipollas. Gilipollas. Gilipollas. Los hombres sois gilipollas...

### Ana, amante

La mujer, atormentada, marca otra vez el número de Ángel.

Ángel, mi vida, eres un desastre. Mira que no llamarme. Tampoco fue para tanto lo de anoche, ¿no? ¿dónde estas? A lo mejor es que ni te has enterado de lo que ha pasado en Atocha. Han puesto bombas en varias estaciones de tren, en Alcalá, en el Pozo... Hay un montón de heridos y de muertos, es horrible. Yo me he enterado por la radio mientras desayunaba. Tengo que irme a trabajar pero, no sé, no puedo moverme. Fíjate, ahora me arrepiento de tener esa manía a los móviles. Ahora daría lo que fuera por tener uno y poder lanzarme a la calle y que sonara y que... fueras tú. Ángel, sólo quiero que me des un toque y me digas que estás bien. Sólo eso. Te voy a matar. Cuando te vea te voy a matar, por desastre... Por no enterarte de nada nunca. Por no llamarme. ¿Oye? ¿Oye...?

La mujer cuelga. Vuelve a subir el volumen de la televisión. Se aferra al teléfono y exclama:

¡Suenas, suenas, suenas, aparato del diablo. Suenas!

De pronto toma una decisión y vuelve a marcar otro número.

Hola, ¿quién eres? (...) Ah, hola, Violeta ¿está tu papá? (...) ¿Y dónde está, cielo? (...) ¿En el trabajo? (...) ¿Y tú por qué no estás en el cole? (...) ¿Por qué te han ido a buscar? (...) ¡No, no llames a nadie...!

La mujer cuelga el aparato sobresaltada.

Dios mío, ¿por qué está la cría en casa? No, no tenía voz de estar enferma. Si estuviese enferma no habría cogido ella el teléfono... Está con la abuela... Se la oía al fondo, tenía la voz angustiada la mujer...

### Ana, esposa

De pronto, aparece una mujer de unos cuarenta años. Es árabe y no habla bien el español. Arrastra su bolsa de plástico en la mano.

AMINA.- ¿Por qué nosotros aquí? ¿Qué nos pasa aquí?

ANA.- Nos van a decir algo. Los que pasan por esta puerta salen sabiendo...

AMINA.- No entiendo.

ANA.- Nos van a informar de cómo están nuestros... ¿Qué es el suyo?

AMINA.- ¿Qué?

ANA.- ¿Quién iba en el tren? ¿Su marido?

AMINA.- No. Es mi hijo. Tiene dieciocho años.

ANA.- En el tren iba mi marido.

AMINA.- ¿Santa Eugenia?

ANA.- Sí, allí lo tomó. Allí lo coge todos los días. Cuando no está de viaje.

AMINA.- ¿Por qué bombas? ¿Qué han hecho malo?

ANA.- Mi marido no ha hecho nada malo. Nada de política.

AMINA.- Abdulah no político. No mata, no roba. Mi hijo trabaja en obra. Pone ladrillo en Madrid. Pone ladrillo y cemento desde nueve de la mañana hasta ocho de la tarde tarde.

Abre la bolsa y saca un mono azul. Tiene sangre.

ANA.- Guarde eso. Por Dios, guarde eso.

AMINA.- Es su ropa de trabajo. Otra ropa con manchas de sangre.

ANA.- ¿Le han dicho algo a usted?

AMINA.- ¿Qué?

ANA.- ¿La han dicho cómo está su hijo? ¿La han informado de algo?

AMINA.- No. Nada. Tengo estas manos para cuidarlo. Que sea vivo y ya está. Ya está.

Suena el teléfono móvil en la bolsa de Ana. Ella lo pisa, quiere hacerlo callar.

ANA.- Calla. Calla. ¿Quién eres?

AMINA.- ¿No vas a contestar?

ANA.- No. No puedo.

AMINA.- ¿Quieres que contestar yo? Yo puedo... (Intenta coger la bolsa)

ANA.- ¡No toque esa bolsa! (Se la arrebató violentamente)

AMINA.- Perdón, señora.

ANA.- Lo siento.

AMINA.- Te puede llamar una persona que quiere decirte cosa importante. Saber de tu marido, ¿no?

ANA.- No. Pueden llamar a mi móvil. Aquí está. ¿Quiere usarlo?

AMINA.- (Niega) Gracias. Yo no puedo decir nada todavía.

ANA.- ¿A qué esperan? ¿Por qué no nos llaman? (Camina de un lado para otro como una leona enjaulada)

AMINA.- Muchos heridos. Muchos muertos. Mi hijo es fuerte, joven. Mi hijo... ¿Por qué bombas?

ANA.- No sé. Yo qué sé... Terroristas, ¿entiende?

AMINA.- ¿Qué quieren? Lo malo no lo hace mi hijo. Mi hijo trabaja mucho y contento. No papeles. Y es un hombre muy bueno.

ANA.- Los terroristas son bestias, bestias ciegas. No miran. (Pausa. Mira hacia el techo) Sabe, si le llama una voz de hombre es que ha muerto. Si es una mujer es que todavía está vivo.

AMINA.- ¿Cómo?

ANA.- Lo he observado mientras estaba afuera. He oído las voces por megafonía. Los que hablan con la psicóloga (Señala la puerta 2), puerta dos, salen nerviosos, pero aliviados, con esperanza. (AMINA hace un gesto de no entender) Cuando es la mujer la que llama es que está vivo. Cuando llama la voz masculina, puerta uno, es que... está muerto.

AMINA.- (Señalando) ¿Esa puerta vivo? ¿Esa puerta muerto?

ANA.- Eso es. Ella, la mujer, llama a los familiares de los heridos. Él, los que hablan con el hombre salen destrozados.

AMINA.- Que llama mujer. (Implorante) Que llama mujer, que llama mujer...

ANA.- ¿Cómo se llama usted?

AMINA.- Amina.

ANA.- Yo Ana.

AMINA.- ¿Su hombre?

ANA.- Ángel. Pero no es un ángel.

AMINA.- ¿No es bueno?

ANA.- Ayer llegó muy tarde a casa. Hace muchos meses que llega tarde.

AMINA.- Ahora perdonar.

ANA.- (Se oye un ruido por megafonía). ¡Calle! (Las dos mujeres se ponen de pie)

VOZ DE HOMBRE.- Familiares de Antonio Fernández Caso. Familiares de Antonio Fernández Caso, pasen por favor por la puerta uno.

Las dos mujeres se miran entre aliviadas y desoladas.

AMINA.- ¡Ya Allah! ¡Ya Allah!

ANA.- (Mirando el micrófono por el que ha salido la voz, como si pudiera oírla) ¡Aquí no hay nadie más que nosotras! ¡Somos familia de Víctor y de Ángel! (A Amina) No saben lo que dicen. Están descontrolados. Voy a llamar... a esa puerta. Voy a entrar.

Ana se cuela por la puerta número dos.

Suena el móvil de la bolsa de Ángel. Amina mira la bolsa y duda. La abre un poco pero no se atreve a coger el teléfono. El teléfono deja de sonar. Al momento vuelve a sonar. Amina, sin pensarlo esta vez, mete la mano, y sin sacar la chaqueta en la que está guardado el teléfono, lo toma.

AMINA.- ¿Sí? ¿Sí? ¿Quién? ¿Qué? (Escucha un mensaje. Lívida cuelga el teléfono y lo vuelve a introducir en la bolsa)

Entra Ana desenfundada.

ANA.- Me dicen que espere. Que espere. Que espere. (Mira la bolsa) ¿La ha abierto? ¿La ha abierto usted? ¿Quién le ha dado permiso...? Está usted trastornada...

Amina se levanta e intenta abrazarla.

AMINA.- Tranquila, tranquila... (Ana se deshace de su abrazo) No he dicho nada. He escuchado mensaje. Yo no tengo miedo.

ANA.- Yo sí tengo miedo. Yo tengo mucho miedo. Usted qué sabe... Usted mete la mano donde no la llaman. (Coge la bolsa) Déjeme en paz. Hay un silencio entre las dos mujeres.

### Ana, amante

Mientras Ana murmura estas cosas con la voz entrecortada, la televisión sigue su implacable recuento de víctimas. Dice que los madrileños hacen largas colas en las plazas para donar sangre, que el atasco es monumental, que se han habilitado unos locales cerca de la estación de Atocha para llevar los cadáveres. Que los vecinos de la zona tiran mantas y botellas de agua por las ventanas. Que la masacre es indescriptible. La mujer mira el teléfono con ansia y desolación. Marca un número. Espera. Cuelga. Las lágrimas empiezan a resbalar por su rostro. Marca otro teléfono.

Marta, hola. (...) Ángel no me ha llamado esta mañana. Es que anoche tuvimos bronca, ¿sabes? Seguro que es por eso por lo que no me llama pero... (...) Sí, me estoy desquiciando. Es que... él coge todos los días ese tren. Un poco antes, sí, pero, ¿por qué no me llama para tranquilizarme? (...) Escucha, no puedo hablar, me va a llamar él de un momento a otro. Sólo quiero que me hagas un favor. Marta, llama a los hospitales. Por favor, llama y pregunta por él. Ángel Lara García. Di que eres su hermana, su madre, lo que quieras. Por favor, Marta, yo no me puedo mover. (...) Te lo ruego, llama a su casa. Llama al fin del mundo. Ayúdame.

La mujer cuelga demudada. Está perdiendo el control de la situación. Sale un instante y vuelve con una chaqueta americana de hombre, la mira, la huele, se la pone cerca. La televisión dice que el número de víctimas se acerca a los doscientos. Marca el teléfono de él.

Ángel, mi amor, ¿ves? Te dije que te quedaras anoche a dormir conmigo. Podías haberlo hecho. Estabas de viaje, sólo era cuestión de retrasar tu vuelta unas horas... Pero como eres tan... Si te hubieras quedado hoy no estaríamos así. Bueno, venga, que ya se me ha pasado el enfado... Oye, cielo, que tenemos que hablar largo y tendido... Pero hablar de verdad, con el corazón en la mano. Anoche cuando te fuiste estuve pensando... que la

vida son dos días, amore, que no podemos dejarla pasar como si fuera eterna... ¿Sí? ¿Sí? ¡Mierda de contestadores!

La mujer se queda pensativa y atónita. Vuelve a marcar.

Ángel, amor, ¿puedes escucharme? Estoy viendo en la televisión a mucha gente con los tímpanos rotos. ¿Me oyes, cielo? Aunque no puedas contestarme no importa. Yo noto, siento que me escuchas, que necesitas mi voz. Ángel, mi vida, todo lo que te dije anoche son... tonterías. Si yo te entiendo, si sé lo que es una hija pequeña... Hoy he escuchado la voz de Violeta, qué rica es. Me ha dicho que estabas en el trabajo, pero no es verdad. No estás en el trabajo. ¿Dónde estás, mi amor? ¿Por qué no vienes? ¿Por qué han ido a recoger a tu hija al colegio si no está enferma? Ves, cielo, que injusto es ser una amante. Yo ahora no puedo correr hacia ti. No puedo buscarte. No puedo gritar que soy tu mujer, la mujer que amas...

El teléfono de él se cuelga. Ella vuelve a marcar.

Le he dicho a la policía que era tu mujer, la mujer de un hombre que podía ir en ese tren maldito. Me acariciaba el alma decir: soy su mujer. Soy tu mujer. ¿Estás ahora con ella? Ángel, cielo, ten cuidado con el móvil, que no te lo coja. Hoy no puedo reprimir decirte estas cosas... arriesgadas. Borra este mensaje rapidito, cielo... ¿Hola?

Se vuelve a colgar. Ana marca de nuevo.

Te decía, Ángel mío, que no te olvides de borrar mis mensajes nada más oírlos. No quiero que... Ana se entere así. Es mejor que se lo digas tú, que sea por ti por quien sepa lo que te ha pasado. Lo que nos ha pasado.

El teléfono se corta y ella sigue hablando para sí...

Me acuerdo tanto ahora del primer día... Yo iba por casualidad en ese tren. Tú no, tú lo cogías todas las mañanas. Cuando me viste te levantaste enseguida a subirme la maleta. Tú siempre tan galante, chico... Después me puse a tu lado y... ¡Qué fuerte es enamorarse de golpe! Sentir que un hombre te entra por todos los sentidos y... todos los sentidos se alegran. La vista tan contenta viendo esos ojos tuyos... Y el tacto..., porque ya nos rozamos en aquel tren, eh, y el tacto, mi tacto tan exigente, se puso contento. Y al escucharte, cuando no sé qué cosas me decías sobre el trayecto, sobre lo llenos que venían los trenes de cercanías, sobre cómo muchos días te dormías hasta de pie, mi oído, amore mío, bailaba de emoción y de contento. Y cuando me dejé llevar por tu olor como si fuera mío, mi olfato, Ángel, vibraba de contento... Y cuando nos dijimos adiós en Atocha, aquel día, yo me llevé tu gusto sin haberlo probado. Me lleve tu gusto y mi gusto se hacía agua de...



contento. Me fui con los sentidos... con todos los sentidos contentos. Y tu teléfono aquí, escrito a boli, a fuego, en la palma de mi mano.

### Ana, esposa

AMINA.- ¿Tienes hijos?

ANA.- Nunca llamarán. O llamará él. El hombre. La maldita voz del hombre sereno.

AMINA.- No piensa así.

ANA.- (Abrazando la bolsa de plástico) Hijos de puta... Hijos de puta. Hijos de puta. Hijos de puta... asesinos, hijos de puta...

AMINA.- Toma una pastilla. Calma. Me ha dado la enfermera. Calma.

ANA.- No quiero, gracias.

AMINA.- He escuchado ha sido eta. ¿Sabes quién son?

ANA.- Sí.

AMINA.- ¿Mata gente buena?

ANA.- Sí.

AMINA.- ¿Qué quieren de nosotros?

ANA.- ¿De nosotros? No sé. Nada

AMINA.- Otros dicen que son terroristas árabes...

ANA.- (Interrumpiéndola) Qué más da...

AMINA.- Nosotros no somos de aquí. Somos de Marruecos.

ANA.- Les da igual niños marroquí, que perros, que mujeres preñadas. Son terroristas. Todos matan igual. A los que pueden. Los poderosos no cogen esos trenes por la mañana. Van con sus coches, con sus escoltas... A los que matan les da igual a quién matan. ¿A qué esperan? ¿Por qué nos hacen entrar aquí y no nos dicen nada? Me va a estallar la cabeza.

AMINA.- Tienes que pensar que está herido. Tienes que pensar que está bien. Suena otra vez el móvil dentro de la bolsa de plástico de Ana. AMINA la interroga con la mirada.

ANA.- Cójalo, Amina, por favor. Diga que no está, que Ángel no está.

AMINA.- (Mete la mano en la bolsa, toma el teléfono y contesta) ¿Sí? (Mira a Ana) No habla nadie. Es un mensaje.

ANA.- ¿Qué dice?

AMINA.- (Duda) Que él llama...ella.

ANA.- (Temblando) ¿A quién?

AMINA.- No sé. No entiendo bien. Ana. Sí, ha dicho Ana.

ANA.- (Con dolorida ironía) Le gustan las Anas. Ayer, cuando llegó, no me dejó olerle. Se fue enseguida a la ducha. Luego se acercó y me dio un beso. Hace meses que se ducha continuamente, ¿sabe? Se ducha de día y de noche... Esta mañana cuando ya había abierto la puerta de casa para ir a trabajar le llamé. No aguantaba más. Y le dije: entra, entra un momento y dime lo que me

tengas que decir. Él me miro extrañado y me contestó con una sonrisa, ¿Qué te pasa, Ana? Vamos, tengo prisa voy a perder el tren. Entonces yo le contesté, me importa una mierda que pierdas el tren. Yo te estoy perdiendo a ti y no huyo. Claro que yo no tengo dónde huir.

AMINA.- No entiendo.

ANA.- Cerré la puerta y seguí hablando y hablando. Él lo negaba todo, me escuchaba con cara de niño acorralado. Incapaz de articular una puta verdad. Miró el reloj como si no tuviese otra cosa a la que agarrarse. Entonces yo le dije: Vete, hablaremos luego. A ti te toca hablar luego. Si no le hubiese detenido esta mañana no hubiera perdido su tren. No hubiera...

AMINA.- Perdóname, no entiendo todo.

ANA.- No importa.

AMINA.- ¿No le amas ya?

ANA.- ¿Cómo?

AMINA.- Yo no amo mi marido. Mi marido no es bueno. Y yo no le amo y. ¿Y tú?

ANA.- Yo... sí.

AMINA.- Claro. ¿Estás enfadada con él?

ANA.- No sé.

AMINA.- Si amas a tu hombre, perdonas a tu hombre.

ANA.- No sé.

AMINA.- Tenéis que hablar. Hablar de...

ANA.- Sí. Si Dios nos deja. Si nos deja tendremos que hablar.

Suena la voz femenina por la megafonía.

VOZ.- Familiares de Abdulah Hamed pasen por la puerta dos, por favor.

Familiares de Abdulah Hamed pasen por la puerta dos.

AMINA.- Abdulah.

ANA.- Está vivo. Está vivo. (Le aprieta las manos) Pase por ahí.

AMINA.- Gracias. Gracias. Suerte, señora. (Corre hacia adentro)

Ana se queda sola en la antesala.

## Ana amante

La mujer suelta el teléfono de golpe y se acerca a la televisión. Vemos a otra mujer en la pantalla. Una mujer que llora.

Ana abre los ojos con espanto. Después, como una autómatas desesperada, vuelve a marcar el número de él.

Amore, he visto a tu mujer en la televisión. ¡Era tu mujer! Estaba entrando en un hospital. Lloraba, Ángel, lloraba desconsoladamente. ¿O no es tu mujer? ¿Por qué lloraba? Ves, Ana puede llorar hasta delante de una cámara. Y yo ni estando sola puedo llorar por ti. Ya llevamos un año juntos, ya es hora de enfrentarnos a... Sí, ya sé, que hay que hacer las cosas bien. Despacio. Pero la

vida no va despacio. La vida se acaba inesperadamente... Sí, cuando menos te lo esperas vienen unos canallas... y llenan la maleta de metralla... No, cielo, no hablemos de eso más. Voy a colgar para que me llames enseguida. Ah, y borra este mensaje. A ver si lo va a oír ella. Que no se entere de lo nuestro así. Pobrecita...

Ana cuelga.

### Ana amante y Ana esposa

VOZ DE HOMBRE.- Familiares de Ángel Lara García pasen por la puerta uno, por favor. Familiares de Ángel Lara...

Ana da un grito ahogado. Cae suavemente de rodillas. Abre la bolsa de plástico y saca la chaqueta arrugada de Ángel. La estira como si quisiese plancharla con las manos. Mete la mano en el bolsillo y saca el móvil, presiona en “ultima llamada no atendida”.

AMANTE.- ¿Ángel? ¿Eres tú?...

MUJER.- No, no soy Ángel. Soy Ana, su mujer...

AMANTE.- ¿Cómo? ¿Y dónde está él?

MUJER.- Ángel no está. Está muerto. Lo han matado...

AMANTE.- No digas eso. ¡Eso no es verdad!

MUJER.- Sí, sí que es verdad. No vuelvas a llamar.

AMANTE.- Está bien, no le volveré a llamar. Pero... dile que me llame, que estoy esperando...

MUJER.- Te he dicho que lo han matado.

AMANTE.- ¡Que ha muerto me lo tendrá que decir él!

MUJER.- Estás loca, chica, completamente loca. Te digo que lo han matado...

AMANTE.- ¿Loca? ¿Por qué loca? Ay, Ana, no puedes imaginarte cuánto lo siento... Él te lo explicará todo, él...

MUJER.- No vuelvas a marcar este número ¿entiendes?

AMANTE.- Cuánto siento que te hayas enterado de los nuestro así...

MUJER.- Ya lo sabía, mujer, no te preocupes. Lo único que no sabía es que te llamabas... como yo.

AMANTE.- Dile que por favor, que me llame.

MUJER.- Ya. Se lo diré. (Cuelga)

AMANTE.- ¡Ana! ¡Dios, no debería haberse enterado así!

Ana, esposa, hace una bola arrugada con la chaqueta.

A Ana, la amante, la invade un intenso frío que la hace temblar. Extraviada apaga la televisión y se enfunda la chaqueta de Ángel. Después se tumba en el

sofá, va ovillándose lentamente con el teléfono apretado sobre su pecho. Y espera su llamada.

### Ana, madre

Ana intenta abrir un armarito hospitalario mientras baila la última frase. Entra Julia, una enfermera de la residencia.

JULIA.- Doña Ana, ¿qué quiere de ahí?

ANA.- Dame algo, hija. Una pastilla de esas que te hacen ver la vida de color de rosa.

JULIA.- Ya le he dado una antes.

ANA.- Pues no veo la vida de color de rosa.

JULIA.- Vamos, siéntese, quédese tranquila. ¿Con quién hablaba?

ANA.- Con mi hijo. Este chico es un desastre siempre se olvida la chaqueta.

JULIA.- Ahora ya estoy yo. Hable conmigo.

ANA.- ¿Por qué me tenéis aquí? ¿Qué pasa?

JULIA.- No pasa nada, doña Ana, pero hoy... hoy tiene que verla el médico.

ANA.- ¿Para qué? No me mientas. Me tenéis aquí encerrada por algo que no me queréis decir. Y no me llames doña que no soy bachillera.

JULIA.- No está encerrada.

ANA.- Sí, cuando sales, cierras la puerta con llave.

JULIA.- Ya me he quedado libre. Ya estoy todita para usted.

ANA.- ¿Por qué? Me tenéis aquí por lo del palpito.

JULIA.- Ahora, dentro de un poco, viene el médico y...

ANA.- Me habéis encerrado aquí, en la enfermería, porque he tenido un mal presagio.

JULIA.- No se preocupe, los presagios no se cumplen. Son miedos. Sólo eso.

ANA.- Los miedos se cumplen, Julia.

JULIA.- Vamos, quédese tranquila, cuando hable con el médico...

ANA.- (La interrumpe) No queréis que vea la televisión. ¿Por qué han quitado la televisión en la sala? Hay mucho silencio.

JULIA.- (Duda) La... la televisión está...

ANA.- Está diciendo que mi Ángel no está.

JULIA.- (Demudada) Qué bobadas dice usted.

ANA.- (Hace un gesto de quitarse un pájaro de la cabeza) Le estaba contando a mi Ángel cosas que recuerdo bien. No he perdido la memoria para el pasado. Le estaba contando a mi ángel el día que empezó a hacerse persona. ¿Quieres escucharlo? (La enfermera asiente) A su padre le había dejado la amante de turno y andaba descarriado. Me buscaba entre las sábanas después de tanto tiempo... Era un animalillo. Necesitaba desfogarse, vaciarse en cualquier... cuenco vacío. Hasta el mío, ya seco, le servía cuando no tenía amante.

Pobrecito, a mí me daba una pena... Una pena tan grande que... le dejé. Sí, abrí las piernas, me subí el camisón y le dije: entra Manuel, quítate esa losa que llevas encima. Dame tu carga. (Súbitamente muy triste) He oído en la radio que han puesto kilos y kilos de metralla en los trenes. Dime qué ha pasado.

JULIA.- No se sabe. Hay algún herido. Nada grave. Siga contándome.

ANA.- ¿Ha llamado mi nuera? Ana hubiese llamado.

JULIA.- No ha llamado nadie. Esté tranquila.

ANA.- Yo ya tenía treinta y nueve años cuando me preñé de mi Ángel. Fue un domingo por la noche. Y lo pensé. Pensé, a ver si de esta descarga tonta se fecunda un conejito. Luego descarté la idea, quince años estéril y yo todavía pensando en milagros. Y se hizo el milagro. Fue en marzo. ¿Qué día es hoy?

JULIA.- Once.

ANA.- ¿Once de marzo?

JULIA.- Claro.

ANA.- ¡Cuarenta años justos! ¡Qué casualidad! Hoy es mi aniversario, Julia. Hoy engendré a mi niño

JULIA.- Qué bonito... Podemos celebrarlo.

ANA.- ¿Cómo?

JULIA.- No sé, con un brindis. Podemos tomar una copichuela usted y yo, en secreto. Porque esto que me ha contado es un secreto, ¿no?

ANA.- (Duda) Sí, usted y yo tenemos secretos. (De pronto se echa a llorar)

JULIA.- (Acariciándola) ¿Qué pasa?

ANA.- En la radio hablaban de trenes. Yo ya había tenido el pálpito, una angustia aquí en el centro, un zarpazo de garfio, y puse la radio. Las madres oímos a los niños llorar aunque estén lejos, muy lejos. Las madres dormimos toda la vida con un ojo abierto. Puse la radio y escuché las noticias. Julia, mi niño va a trabajar en tren todas las mañanas. No, no me digas que no. Eso lo sé. Eso no se olvida nunca.

JULIA.- (Consolándola) No piense cosas malas, doña Ana. No piense cosas malas...

ANA.- Estás temblando, ¿qué te pasa?

JULIA.- Nada. Tengo frío.

ANA.- Ven, hija, acércate. (La tapa con la chaqueta de su hijo Ángel y la acuna) Ea, ea, ea. Yo te taparé con mi chaqueta. Eo, eo, eo, yo te taparé con mi sombrero. Ei, ei, ei, yo te taparé con mi jersey...

JULIA.- Gracias.

ANA.- Julia, ¿sabes una cosa? A la que ha sido madre una vez no se le olvida acunar nunca. Acunar, así, como acunan los trenes. (Hace que se quita un pájaro de la cabeza) A mí siempre me han encantado los trenes. Cuando llegaba y me sentaba en mi asiento se me quitaban todos los nervios. Era como si, por fin, una estuviese en un lugar en el que no había que hacer nada. Nada de nada. Ni guisar, ni lavar, ni pensar. Solamente dejarte llevar por el

arrullo, sólo mirar por la ventana y ver pasar la vida despacio. En mis tiempos los trenes iban despacio y cada árbol parecía un año. Era una delicia sentir que podías leer un libro sin culpa, sentir que nada ni nadie podía hacerte daño en esa culebrilla humeante... (Triste de pronto) Dile al médico, al psicólogo que va a venir a decirme algo, que no me diga nada. Que no quiero hablar con él.

JULIA.- ¿No quiere hablar con él?

ANA.- No, hija, yo prefiero que me deis otra pastilla de esas contra... ¿el terrorismo?

JULIA.- (Aterrada) ¿Qué dice? No la entiendo.

ANA.- Una pastilla de esas que te hacen ver la vida de color de rosa.

JULIA.- No sé si me dejarán.

ANA.- Yo olvido. Olvido el presente. Me pierdo. Casi ni puedo recordar lo que hice ayer. Olvidaré que me has dado una pastilla rosa. Olvidaré el mal presagio de esta mañana. Tendré secretos contigo y te contaré mil historias de cuando era niña. Julia, dame una pastilla rosa y dile al médico ese que no quiero hablar con él. Un poco de piedad, niña. Hay que saber guardar los secretos.

JULIA.- Lo intentaré. Se lo juro.

ANA.- ¿Y la pastilla?

JULIA.- (Abre el armario, saca un bote y extrae una pastilla) Tenga.

ANA.- (Se la toma) Cuarenta años. Cuarenta años justos. Pero no se lo digas a nadie. (Hace como que se quita un pájaro de la cabeza) Hoy es domingo, ¿verdad?

JULIA.- No, Ana, es jueves.

ANA.- Domingo, Domingo, once de marzo de dos mil cuatro. Cómo pasa el tiempo... ¡Qué hermoso día!

**Ana, amante, Ana esposa, ana Madre.**

Ana amante, encogida, canta una canción de amor.

Ana esposa, sin poder llorar, va sacando de la bolsa de plástico las pertenencias de Ángel.

Ana, madre, hace un hatillo de ropa y lo acuna, sonríe recordando el día de su parto.

Oscuro.

FIN

Paloma Pedrero. Correo electrónico: ppedrero@telefonica.net

Todos los derechos reservados  
Buenos Aires. 2018

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral  
Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)  
Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)